

Señoras y señores:

Quiero agradecer al Club «Siglo XXI» su deferencia invitándome a participar en este ciclo de conferencias. Y a ustedes el haber venido a escucharme. Agradezco aún más particularmente las palabras de presentación de don Manuel Fraga Iribarne, que son de su parte, un acto de civilizada actitud ciudadana.

En efecto, están ustedes ante un comunista de pura cepa. Reconozco lo que tiene de elogio en boca de ilustre presentador el añadido de que soy de «mucho cuidado»; pero, con su permiso, creo sinceramente que exagera. Detrás de mí no hay más que un Partido político, bien organizado, pero con una representación parlamentaria aún reducida, que ha tomado una opción resuelta y decidida por la democracia y por la libertad y que no se propone utilizar otras armas que las del sufragio universal.

Como decía el señor Fraga todos tenemos detrás de nosotros una historia y algunos más que una historia, una leyenda, que nos convierte en mitos amables o monstruosos, a voluntad de quien la han fabricado. El señor Fraga ha entrevisto en mí un español, «con los defectos y virtudes de la raza, bastante bien plantados». Creo que no se ha equivocado.

Por circunstancias especiales, que son obvias, mis defectos y virtudes están todavía bastante inéditos. Sin duda, ni soy tan malo como dicen mis detractores ni tan bueno como piensan algunos de mis amigos. Soy, como todos los de mi generación, producto de una España atormentada que las injusticias y las circunstancias históricas rompieron en dos; un español que luego en el transcurso de un largo exilio pasado en Europa y América, en contacto con otros pueblos, ha acumulado cierta experiencia y ha visto estabilizarse en lo hondo de su conciencia junto con

sus ideas sociales y políticas un poso de serenidad, de responsabilidad por la suerte de su país, que es éste en que vivimos y cuyo porvenir nos pertenece a todos.

Y aunque tengamos intereses y opiniones distintas, aunque en el terreno ciudadano del voto y en las instituciones de él emanadas nos enfrentemos, lo que para mí es evidente —y lo que creo que es el sentido de la invitación de vuestro Club a participar en este ciclo— es que el diálogo debe reemplazar a los fusiles, los centros de debate a las trincheras y que la tragedia que vivimos en los años 1936-39 tenemos la obligación sagrada de evitarla a nuestros hijos y nietos, a todos nuestros descendientes.

Esto es todo lo que quería decir sobre el pasado. Y ahora hablaré del presente y el futuro, que es lo que supongo nos preocupa a unos y otros, y más precisamente del tema que se me ha asignado.

El tema de «Eurocomunismo» es ahora uno de los más controvertidos. ¿Qué es el «eurocomunismo», un simple recurso táctico, es decir una trampa para cazar incautos? ¿Una modalidad de la socialdemocracia?

Ni lo uno ni lo otro. Existe una ciencia social, el marxismo, que se ha transformado en la bandera del movimiento obrero moderno y de los grandes movimientos de liberación, lo que ha supuesto su mitificación. Para unos —y me imagino que entre ellos quizá estén no pocos de los distinguidos auditores que tienen la paciencia de escucharme esta noche— el marxismo es causa de los males que aquejan a la sociedad, una doctrina disolvente y condenable QUE VIENE A TRASTORNAR EL ORDEN JUZGADO «natural». Para otros el marxismo con el añadido leninista, constituye un sistema dogmas, en el que se contienen todas las recetas para transformar una sociedad injusta y desigual.

Para los que hemos aceptado la marca «eurocomunista» el marxismo es una ciencia social, y como todas las ciencias, sometido a correcciones, a enriquecimientos y nuevos desarrollos, que surgen de su experimentación en la práctica, del descubrimiento de nuevos horizontes a medida que transcurre el devenir humano. No es una nueva Iglesia, con su propia Roma, ni una colección de dogmas y recetas y, mucho menos aún, un disolvente social.

El marxismo reconoce que nada es inmutable y eterno, que todo nace, se desarrolla y muere. El sistema social existente hoy, es decir el capitalismo, que a muchos de los que viven en él, les parece el orden natural, fue precedido de otros sistemas sociales muy distintos. En la antigua sociedad gentilicia, cuando todavía no se conocía el Estado, sus componentes estaban probablemente convencidos de que aquello era el orden natural y guerreaban, cazaban, conocían un tipo de familia —muy diferente al de hoy— sin poder siquiera imaginar que después vendrían las ciudades, los Estados, la sociedad feudal y la sociedad capitalista y más tarde, el socialismo.

El marxismo considera que los dos grandes motores que han movido esencialmente el desarrollo de la historia han sido, de un lado, el progreso de las fuerzas productivas, de los medios de producción, con los que el hombre ha ido aprendiendo a utilizar y transformar la naturaleza que le rodeaba, y la lucha de las clases que componen la sociedad.

El paso de los instrumentos de piedra a los de bronce, las conquistas del ingenio humano, hasta llegar a la revolución industrial y luego a la revolución científico-técnica que estamos viviendo, han permitido al hombre pasar de las sociedades más primitivas, a las modernas que conocemos hoy. Es verdad que, al comprobar las destrucciones de la naturaleza que una utilización ciega de la ciencia, movida exclusivamente por el afán de lucro; al contemplar los monstruos que, son muchas de las grandes concentraciones urbanas modernas, algunos podrían sentirse tentados a añorar las formas de vida pasadas. Pero ni aquéllas eran tan idílicas como se piensa a veces, ni podemos olvidar que, a despecho de sus desarmonías, la sociedad moderna ofrece al hombre posibilidades incomparables con los de otras edades.

Por otra parte, la misma división de la sociedad en clases diferentes, explotadoras unas y explotadas otras, ha sido producida por el desarrollo de los medios de producción; mientras éstos no han alcanzado, como sucede en la época moderna, un nivel capaz de cubrir las necesidades fundamentales de todos los hombres, en el terreno material y espiritual, la existencia de una clase dominante, educada para dirigir y mandar, en situación de privilegio, estaba dentro de un orden natural y lógico. Hoy ya no es así.

Hay la creencia, en ciertas gentes, de que el marxismo ha inventado la lucha de clases. Nada más lejos de la realidad. La lucha de clases la descubrieron —que no la inventaron— antes que Marx muchos otros estudiosos de la sociedad y la economía. Y mucho antes de que Marx naciera, los esclavos se sublevaban contra el imperio romano; los campesinos se alzaban contra los señores utilizando a menudo como enseña de rebelión la cruz y otros emblemas religiosos.

La aspiración a una sociedad igualitaria y fraternal es tan vieja como la existencia de clases oprimidas y opresoras. ¿Qué es la esperanza de los primitivos cristianos en el reino milenar, sino el ansia de satisfacer esa sed de justicia y de igualdad que se veía frustrada en la vida cotidiana?

Al proponerse poner fin a las diferencias de clase, el marxismo se sitúa, en último término, en la vía que conduce a la forma más segura de acabar con la lucha de clases.

Lo que el marxismo ha reivindicado y reivindicamos los comunistas es el derecho inalienable de las clases oprimidas a organizarse y a luchar por sus intereses específicos y por una transformación de la sociedad que termine con todo género de opresión y alienación.

A este respecto, el «eurocomunismo» marca ciertas diferencias con lo que podríamos llamar el comunismo tradicional, clásico y sus supervivencias dogmáticas.

El «eurocomunismo» se propone transformar la actual sociedad por una vía democrática, conservando y manteniendo la democracia, las libertades y los derechos humanos como valores inalienables y permanentes.

En las sociedades europeas occidentales, y en general, en los países capitalistas desarrollados, existe una tradición política y cultural, que salvo en ciertas coyunturas históricas se ha caracterizado por su tono democrático.

Existen también estructuras económicas altamente desarrolladas y en cierto modo yo diría que socializadas. La empresa capitalista privada acude cada vez más al crédito público, se financia y se mantiene gracias a él. Eso significa que esa empresa subsiste con los dineros de todos los contribuyentes, que todos participamos en su sostenimiento. A partir de eso la cuestión que se plantea y que aparecerá cada día más clara a los ojos de todos es la siguiente: ¿qué razón hay para que el bene-

ficio de una empresa que sostenemos todos se lo apropie una persona o un grupo reducido de personas? ¿Por qué no revierte directamente a la sociedad?

Si es evidente que en esa empresa son necesarios los obreros, los administrativos, los técnicos y los ejecutivos; si el capital, el otro componente de la empresa, es producido por la plusvalía del trabajo y acrecentado por el crédito, ¿qué razón hay para que ese capital sea de propiedad privada y no social?

En el fondo la vía «eurocomunista» representa una extensión de la democracia política, al terreno económico y social; de la misma manera que la sociedad participa en la dirección de la política del Estado, se trata de que participe en la dirección, en la propiedad y en el beneficio de la economía.

Ciertamente, los comunistas no consideramos que esta transformación pueda hacerse de la noche a la mañana, por un decreto, y en todos los sectores económicos simultáneamente. Y quisiera añadir que en las condiciones concretas de España hemos propulsado y aprobado los acuerdos de la Moncloa, que respetan la empresa privada y el sistema de economía de mercado porque somos conscientes de que el 15 de junio el país no votó por la transformación socialista de la sociedad, sino simplemente por el cambio democrático y respetamos fielmente el fallo popular; y porque sin un periodo de consolidación de la democracia, cualquier intento de forzar el ritmo de la historia en vez de hacernos avanzar podría depararnos un trágico retroceso. Hemos procedido así porque nos sentimos responsables, con otros partidos parlamentarios, de la suerte de este país y estamos dispuestos a aportar nuestra contribución a una tarea que yo calificaría de emergencia nacional.

Cuando hablo de nuestro proyecto de transformación de la sociedad, como de un proceso de extensión de la democracia al terreno económico social, que tendrá sus ritmos, me estoy refiriendo a nuestra política de futuro, a la política que haremos una vez superada la crisis o en el caso de que los medios previstos hoy para superarla no dieran fruto, a la política de recambio que habría que intentar para resolverla sobre otras bases.

En esa visión de futuro es para nosotros evidente que la PME no reúnen las mismas condiciones que las grandes empresas, servicios e instrumentos financieros para su paso a la propiedad social. La PME por sus estructuras y sus característi-

cas puede ser más productiva y rendir más servicio al interés público, como empresa privada que como empresa socializada.

Una vía democrática es hoy posible, además, porque el ideal socialista, dadas las actuales estructuras económicas y sociales, ya no es patrimonio exclusivamente de una vanguardia proletaria, minoritaria en el país. Existen todas las condiciones para que los trabajadores manuales e intelectuales adquieran conciencia de la necesidad del socialismo, se unan en lo que hemos llamado la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura, y conformen una alternativa de poder político que en el futuro pueda alcanzarlo y mantenerse en él, conservando la democracia, el pluralismo, el derecho a la alternancia y respetando plenamente los derechos humanos.

Son muchos los hombres de empresa, los ejecutivos que hoy comienzan a considerar la posibilidad de un sistema socialista, yo no diría que con entusiasmo sino más bien con resignación; pero en todo caso sin la hostilidad y la agresividad de otras épocas, porque en el fondo son conscientes de que en el seno de la sociedad capitalista actual, agobiada por la crisis, están dándose las condiciones para una nueva sociedad cuya necesidad histórica se impone.

Por ello, porque en la Europa actual las fuerzas potenciales del socialismo son mayoritarias y no se reducen exclusivamente al proletariado, aunque todavía no tengan plena conciencia, los comunistas consideramos superada la tesis de la dictadura del proletariado, y la reemplazamos por la concepción de un Estado democrático, laico, sin filosofía oficial, descentralizado, en el que el pluralismo político y filosófico sea plenamente respetado.

Y que no se nos oponga el argumento fácil de que hasta ahora los comunistas no han gobernado en ningún país así. Lo hicimos desde 45 al 47 en varios países europeos y en coalición con otros partidos. Pero además para mí el argumento esencial es otro: si en los países occidentales la burguesía ha podido mantener por largo tiempo su hegemonía, su poder, con regímenes de democracia política, ¿por qué no serían capaces de imponer y asegurar la suya, con democracia, las fuerzas socialistas?

He dicho al comenzar que tampoco somos una nueva modalidad de la socialdemocracia.

La Socialdemocracia actual ha abandonado el marxismo. Nosotros seguimos siendo marxistas.

La Socialdemocracia administra la sociedad capitalista. Nosotros pretendemos transformarla.

En nuestro Partido hay corrientes culturales varias. Por ejemplo, cristianos.

Pero no pretendemos que el Partido sea una copia de la estructura política de la sociedad.

El Partido es una parte de esa estructura. Responde a unas ideas e intereses determinados. Tiene sus propias características.

Si no, todos los partidos seríamos lo mismo. O vendríamos al partido único.

La sociedad política es el conjunto de partidos, diversos, diferenciados, sometidos a reglas de juegos comunes.

No ignoro que ciertos sectores ponen en duda la sinceridad democrática de los comunistas españoles, apoyándose en ejemplos de otros países. Habría mucho que hablar sobre la situación y las experiencias en dichos países, en un sentido y otro, y en mi libro «Eurocomunismo y Estado» yo lo he hecho sin pelos en la lengua. Para nosotros ya no hay tabúes ni mitos intocables.

Pero aquí nos hallamos en Madrid, entre españoles, y mirándonos a los ojos podemos preguntarnos unos a otros: ¿hay algún partido, algún hombre en este país, que puede lanzarnos la primera piedra, poniendo en duda nuestra sinceridad democrática?

Hemos luchado y hemos afrontado sacrificios que no viene al caso enumerar, por establecer la democracia; nadie lo pone en duda.

Se han celebrado las elecciones; hemos tenido sólo veinte diputados —yo creo que bastantes menos de los que tendríamos en otras condiciones—. En vez de ponernos nerviosos por la modestia de nuestros resultados y escoger la vía fácil de la catástrofe y la demagogia, hemos reaccionado como una fuerza serena y responsable. Nos hemos sonreído cuando los catecúmenos y neófitos del izquierdismo han pretendido presentarnos a su derecha, recordando aquel sabio proverbio español: «Dime de qué presumes y te diré de qué careces».

Al día siguiente de las elecciones propusimos que los com-

pañeros del PSOE gobernarán con la UCD porque considerábamos que el paso de una dictadura a la democracia no podía administrarlo un gobierno minoritario en las Cortes y todavía más en el país. Lo hacíamos sabiendo que el gobierno proporciona resortes de poder que pueden fortalecer a un partido. Pero se consideró que nuestra propuesta era interesada, una maniobra para debilitar al PSOE, cuando se trataba de lo contrario. Advertimos que un partido político puede defraudar a sus electores en el gobierno, pero también puede defraudarles en la oposición, si le han dado un voto **útil**, que es un voto para gobernar. Y creo que los últimos sondeos confirman este juicio.

A la vista de la situación, propusimos entonces un gobierno de concentración democrática, en el que estábamos dispuestos a comprometernos. Algunos, contradiciéndose, han manifestado que los comunistas queremos ir al gobierno como **sea**. No se trata de eso. Después de todo lo que hemos visto, ser ministros en este país es una cosa fácil. Personalmente, aunque se me acuse del pecado de orgullo, me considero bastante más que muchos ministros y no estimaría en ningún caso como una promoción el ocupar una cartera.

De lo que se trata es de que nos hallamos en una situación de emergencia política y económica. Se trata de consolidar la democracia y de salvar al país de la ruina. Y si para ello es preciso que nos quememos todos, ¡pues a quemarse!

Y que teníamos razón ha venido a probarlo el pacto de la Moncloa. La foto que publicaron el miércoles por la mañana los periódicos, con los hombres que firmamos el pacto, recordaba las fotos ministeriales. Es verdad que aquello no es un gobierno de concentración democrática. Pero lo que ha salido de la Moncloa es una política de concentración democrática.

El gobierno vendrá después, ...o no vendrá. Pero ahora hay que aplicar ese pacto, en su integridad. Nosotros cumpliremos nuestros compromisos y denunciaremos a quienes no hagan lo mismo. Velaremos porque el pacto no quede en un papel y se transforme en realidad. Y para ello diremos a los trabajadores la parte de sacrificio que les corresponde; pero no permitiremos que los demás escapen a la suya.

Creo que el comportamiento responsable de los comunistas desde que ha empezado a haber libertades en este país, confirma la sinceridad y el sacrificio con que hemos luchado por la

democracia. ¡Que todos hagan lo mismo y saldremos del bache! Y en cualquier caso a nuestros críticos les pedimos un juicio no de intenciones, como nosotros no se lo hacemos a ellos, sino basado en los hechos.

A propósito de democracia, y de pasada, no puedo dejar de mostrar mi extrañeza ante algunas críticas al pacto de la Moncloa, consistentes en decir que éste arrebató sus prerrogativas al Parlamento.

Ello es incierto; el Parlamento conserva todas sus prerrogativas. Es él quien va a discutir y a votar las leyes.

El pacto ha sido un acto voluntario y libre de los partidos parlamentarios, que fortalece la posición de éstos y les libera del papel de convidados de piedra o de oposición testimonial. A través de sus dirigentes, los partidos parlamentarios y por consiguiente el Parlamento, que no es un ente abstracto, sino un conjunto de Partidos, va a tener un peso mayor en la política nacional.

Lo que se ha dado en llamar «eurocomunismo» se caracteriza también por su posición independiente. Nosotros no nos consideramos comprometidos con la política de ningún Estado extranjero, sea el que sea, incluso con los gobernados por un Partido Comunista. Nos consideramos comprometidos con nuestro pueblo, con nuestro país. Y si los derechos humanos son conculcados en Santiago de Chile lo denunciaremos; pero tampoco nos callamos cuando se conculcan en Praga.

Alguna vez, para comprobar hasta el fin si nuestra posición es verdaderamente independiente, se nos pregunta a favor de quién tomaríamos partido si estallase un conflicto armado entre EE.UU. y la URSS.

Los que formulan tal pregunta piensan en términos que podrían ser válidos hace más de 40 años, cuando no existía el arma nuclear. También en este terreno el «eurocomunismo» tiene en cuenta las realidades actuales.

Señoras y señores: si se produjera un conflicto entre EE.UU. y la URSS no tendríamos ni siquiera el tiempo de decidirnos por uno o por otro. Las explosiones nucleares decidirían por todos y la suerte común sería transformar la tierra en un verdadero infierno.

Frente a esa pregunta la única respuesta que yo veo es que hay que evitar a todo precio ese conflicto. Y si por desgracia se

produjese un día, los supervivientes deberían juzgar y colgar de los pocos árboles que quedasen en pie, al gobierno que lo hubiera provocado, fuese cual fuese.

Eso no se contradice con el hecho de que nos sintamos solidarios con todas las fuerzas progresistas, con todos los movimientos de liberación. Y a este respecto yo quiero referirme a un problema que nos concierne a los españoles muy directamente, el problema del Sahara.

La situación que se ha creado en el Sahara Occidental me preocupa; como creo que preocupa a todos los dirigentes políticos de nuestro país. Es una situación que amenaza la paz en una zona de la que España difícilmente podría desentenderse. Lo que allí suceda nos va a afectar directamente.

Como se puso de relieve en el debate sobre política exterior en el Parlamento, existe un consenso amplio para pedir que la diplomacia española tome iniciativas para buscar una vía de solución. A la vez, la situación en la Asamblea General de la O.N.U. ha demostrado que hace falta adoptar medidas para que se cumplan las decisiones anteriormente aprobadas por la O.N.U. en pro de la descolonización y de la autodeterminación del pueblo saharaui.

España tiene un papel a desempeñar en un conflicto que afecta a diversos países vecinos, y que ha surgido como consecuencia de las decisiones de anteriores gobiernos españoles, que no necesito juzgar porque ya lo he hecho en otras ocasiones.

Estimo que España debería favorecer e incluso propiciar iniciativas para que se vuelva a poner en marcha el proceso de autodeterminación del Sahara Occidental. Bajo los auspicios de la O.N.U., España podría promover el diálogo necesario y urgente entre todas las partes interesadas, incluido el Frente Polisario, con vistas a la aplicación del derecho inalienable del pueblo saharaui a autodeterminar, en el sentido que lo desee, su futuro. Creo que es el único medio, en la actual coyuntura, para asegurar una solución pacífica y justa del conflicto del Sahara Occidental, una solución que abra también el camino de la paz, la estabilidad y la cooperación entre los Estados de esa región y mejore la relación de nuestro país con todos ellos.

En general los comunistas españoles somos opuestos a toda política de bloques militares. Estimamos que hoy ni la

OTAN ni el Pacto de Varsovia sirven al fin de mantener un equilibrio estratégico; el equilibrio estratégico lo mantiene la posesión del arma nuclear, esa es la realidad. La OTAN y el Pacto de Varsovia son más bien instrumentos de influencia política que reducen el área de independencia de los países afectados. Además son inmensos aparatos burocráticos que devoran con fines improductivos billones y billones de dólares, quemando petróleo, consumiendo energía y materias primas que en esta época de crisis representan un sacrificio estéril para los pueblos que los soportan.

Pensamos que España debe mantenerse no alineada en ninguno de los dos bloques y que además debe ocupar un lugar activo en la acción diplomática en favor de su desaparición.

Todo esto no significa que nos desinterese de la defensa nacional. En el Parlamento y fuera de él nuestro Partido abogará porque las FF. AA. estén dotadas de medios modernos de defensa, porque se desarrolle una industria nacional de defensa que no haga depender al país de la buena o mala voluntad de otros. España tiene tradición de construir buenas armas ligeras, buena artillería. Tenemos posibilidad de construir buenos barcos. Debemos desarrollar nuestras capacidades en la industria aeronáutica, y en ciertas ramas de la electrónica. Las FF. AA. deben ser puestas en condiciones de defender el suelo patrio eficazmente, con el apoyo de todo el pueblo, si un día —lo que esperamos no suceda— un invasor amenaza nuestras fronteras terrestres o marítimas.

Yo terminaría mi intervención de esta noche en el Club «Siglo XXI» afirmando la voluntad europeísta del P.C.E. Somos parte de Europa y debemos ocupar nuestro puesto de pleno derecho en ella. Queremos que Europa tenga su voz en el mundo y contribuya a crear un mundo multipolar, independientemente de las dos grandes potencias, EE.UU. y la URSS. Este rasgo contribuye también a darnos ese carácter **euro** que se añade a nuestro nombre propio.

En definitiva, ¿qué es el «eurocomunismo»? Yo diría que es una tendencia más de las que existen en el movimiento comunista, que se caracteriza ya por haber hecho una opción de socialismo democrático e independiente, y que está en trance de elaborar su propia interpretación del marxismo adecuada a nuestro Continente.

Desde luego es una realidad y no una ficción.

Es una estrategia y no una táctica.

No es, probablemente, una posición cómoda porque no contentamos a ninguno de los grandes poderes establecidos hoy en la tierra. Pero es una posición revolucionaria, de fondo, y como tal la asumimos. Lo que nos importa es saber si sirve a nuestro pueblo y a la causa del progreso humano.

No tengo la pretensión de lograr el asentimiento de los miembros del Club «Siglo XXI» a nuestras ideas. Pero me basta, señores, la prueba de civismo que han dado ustedes esta noche escuchando con respeto a un hombre que está quizá en las antípodas ideológicas de la mayoría de los presentes. Me basta la actitud del señor Fraga, afrontando, seguramente, críticas por presentarme aquí esta noche. Así es España, diversa y contrapuesta. Pero todos debemos ser capaces de oírnos con respeto y dialogar. Tenemos que convivir juntos en esta piel de toro. Si no, España se hundiría.

Muchas gracias, señoras y señores, por su atención.